Devocionario

Manuel Iris

El Taller **Blanco**

Manuel Iris

Devocionario

Esta edición se realiza bajo la Licencia Creative Commons.
Incentivamos la difusión total o parcial del contenido de este libro por los medios que la astucia, la imaginación y la técnica permitan, siempre y cuando se mencionen las fuentes y se realice sin fines de lucro.

Diagramación: El Taller Blanco Ediciones
Ilustración de portada: Natalia Luna
Contacto: eltallerblancoed@gmail.com
Impreso en Cali, Colombia, octubre de 2020

Manuel Iris

Devocionario

Prólogo de JORGE ORTEGA

COLECCIÓN *Voz Aislada*

EL OÍDO Y EL SON

Traducir el silencio se denomina una antología de su quehacer poético que Manuel Iris (Campeche, 1983) publicó en 2018. Tanto el verbo como el sustantivo simbolizan literalmente un antes y un después, o sea, las preocupaciones que el autor ha tenido como tal desde sus comienzos y que se conservan hasta ahora vigentes, orbitando en torno a un eje: la escucha. A caballo entre la paciente acechanza del advenimiento de la palabra y la disposición de deletrear lo que transmite, la poesía de Manuel Iris ha permanecido fiel a sus inclinaciones originales desde una actitud en la que lo fundante se encuentra con lo esencial. Por una parte, el silencio es el claustro materno de la palabra, y, por la otra, la palabra misma es acontecimiento, sonido cargado de sentido, sentido provisto de energía. A propósito de la metáfora procreativa, y extremando un poco la equiparación, podría aseverarse que la poesía constituye el Ángel de la Anunciación del lenguaje verbal. Manuel Iris no busca: espera. Y su espera entraña, como lo insinúa la etimología, un estado de expectación que acoge la coexistencia ritual del silencio, el tañido, el eco; la escucha, la palabra, la resonancia del oráculo en el interior de uno mismo y de la propia voz en el papel o la pantalla.

Dicho esto, *Devocionario* confirma, en concreto, los referentes de *Cuaderno de los sueños*, de 2009, y *Los disfraces del fuego*, de 2015, libros previos al muestrario de *Traducir el*

silencio que, tras la aparición de *Cincinnati. Historia personal*, de 2019, recuperan con *Devocionario* el diálogo con las condiciones sustanciales del decir poético. Ya lo anticipan dos de los tres apartados del índice: *Traducere* y *Silentium*. El tercero, que da nombre a la colección, no se queda en zaga e insiste, como en distintos momentos de la trayectoria lírica de Manuel Iris, en la dimensión poética del *religare* que convierte la plegaria en un precioso recurso de súplica y evocación. Pero, lejos de merodear la sacralidad desde el vértice del arrebato místico o el afán de trascendencia, nuestro poeta tiene en la concreción de la vida el contrapunto de un ángulo de vocalización apremiado por hallar una respuesta, una reverberación, en el dorso de la realidad. Cuestionando lo invisible e incomprensible, el poeta discurre y a veces interroga sin aspirar a una réplica. "El silencio es también una pregunta", escribió Roberto Juarroz. El *Devocionario* de Manuel Iris recuerda que en poesía la palabra afirma, duda, inquiere, arraigada en la seguridad del roce con la experiencia vital.

Traducere, primera sección, reivindica entonces, con Rilke, la convicción de que, sujetos a una gramática, nos movemos siempre en el "mundo interpretado". Observar, deducir, entender. Estremecerse es traducir, descodificar las radiaciones, los estímulos, las incitaciones del exterior sobre la membrana de la conciencia. El cuerpo lee, el pensamiento resiente; el pensamiento tantea, el cuerpo glosa. Entre uno y otro, el salto mortal de las percepciones, las nociones y las sensaciones transformadas en sentimientos, ideas, emociones: corriente trifásica del ser. La palabra conforma, por ende, la divisa de interacción con el orbe, aquello que permite brindar acuse de él, mentalizarlo y restituirle una nueva lectura de

nuestra inmersión en la historia. Así, hay ojos que hablan y ojos que saben recibir y arropar la candidez que los ojos emiten; contraseñas no alfabéticas de una hija pequeña con su padre y de éste con su mujer: gestos, guiños que el afecto y la pasión desmedidos trasladan al corazón sin necesidad de mover los labios u ofrecer explicaciones, mientras la quietud restaura la palabra, devolviéndole su legitimidad, su nobleza primigenia. La imagen adquiere en consecuencia un peso emblemático y sugestivo para expresar un más allá del logos que añeja su raíz en las profundidades de la memoria, como reza por duplicado, con leves variantes, uno de los pasajes: "hay un niño señalando un puente, / una canción descalza".

Silentium, segundo tramo de este *Devocionario*, afianza el carácter hierático del conjunto esbozado nominalmente por el rótulo de cada segmento. Lo apuntala el atisbo de un orden supremo en el acápite de Thomas Merton: "¿Quién / eres tú? ¿El silencio / de quién eres tú?". Si *Traducere* representa un llamamiento de la palabra indispensable para albergar las cosas terrenas e intentar designarlas, *Silentium* la ausencia de fonación en virtud de la cual se cumple la audición de la palabra elemental y fecundadora. La dualidad "Noche-vientre", reiterada a lo largo de la sección, traspone la semántica, aglutinando la transición de la oscuridad sibilina de Novalis a la oscuridad ontológica de Juan de Yepes, sucedánea de la *docta ignorantia* de Nicolás de Cusa preconizada con anterioridad por Agustín de Hipona y san Buenvaventura. El "no saber sabiendo" de Juan de la Cruz hace tabla rasa y restablece el imán de la receptividad. Hay pues un sentir que es un razonar a través de una poesía que, amenazada por los conceptos estancos del género, sale en pos de la maltrecha

unidad del ser. *Devocionario* resarce la configuración integral de la poesía, recuperando una visión panóptica mermada por su hipotética rivalidad con la filosofía. En Manuel Iris la poesía recobra la tácita vocación de concertar una vía de conocimiento: "Sólo la muerte y el amor / son descubrirse. // Vivir es descifrar", anota con sentenciosa contundencia. Asumido como una suerte de contemplación, el mutismo es la antesala de la escucha y, a la postre, de la enunciación.

Para Manuel Iris pronunciarse es inherente a callar, por lo que no se trata de categorías antagónicas enfrentadas bajo una óptica maniquea. Lo matiza uno de los poemas: "No en lo blanco de la hoja, sino detrás de la tinta / está el silencio". El mutismo metafísico de este *Devocionario* se ubica más allá de la palabra y, a la vez, resulta consanguíneo a su materialidad, la letra autógrafa o impresa. Este sigilo se manifiesta no como una imposibilidad sino una elección, un ejercicio voluntario de enmudecimiento para extremar la atención, ponerse alerta, a semejanza del taoísmo, a la deriva de los rastros del universo que conviden de vuelta a balbucir. Detrás de una disquisición en apariencia abstracta, late un planteamiento de contenida sensorialidad basado en los poderes del tímpano y de la lengua. La oreja y la boca encarnan de esta guisa los órganos que habilitan mediante la asimilación auricular y la oralidad el incesante ciclo de la más efectiva y sutil forma comunicación humana: la dicción. Por lo demás, no es casual la recomendación que Manuel Iris concede en el pórtico del volumen: atender el *Stabat Mater* de Arvo Pärt en lo que nos adentramos en sus páginas. Entre las afecciones físicas y la música, el cuerpo se presenta a un tiempo como una condena y una bendición.

Devocionario, el tercer panel, cosecha lo sembrado en *Traducire* y *Silentium* y denota con mayor deliberación y explicitez la filiación piadosa, el repliegue reflexivo. Lo prueba el título de algunos poemas: "Letanía", "Salmo 25", "Salve Regina", "Acción de gracias", "Credo". Apelando a la estructura triádica del entramado y la atmósfera que la recorre, me vienen a la mente las *Tres lecciones de tinieblas* de José Ángel Valente, obra de 1980 que desde una espiritualidad sin iglesia emula veladamente el oficio de tinieblas de Semana Santa alrededor del tenebrario. Manuel Iris tampoco ensaya su fe religiosa en las piezas que nos comparte; su *religare* más humano, el de la poesía, invoca las variables de la palabra poética a fin de que le sea propicia la sindéresis. No obstante, conforme la poesía se anida en la cosmovisión del autor como la medida de las cosas, la vida queda automáticamente ceñida a la potestad de los versos. Un par de ejemplos: "Revélame el amor no articulado: su ágrafa ternura", o bien, "Deja que salgamos / por tu boca: *háblanos* / para que seamos en ti". Esta última cita invita a entrever la complicidad de una fuerza, una presencia envolvente Dios, poesía, la nada que contiene y colma al individuo, reafirmándolo en su particularidad. En paralelo, la formulación sirve incluso al poeta para asentir las mínimas certezas del planeta que habita: "Florece la belleza en nuestras manos / y todo es tan verdad como la piel / y su avidez curiosa", se lee en otra coordenada de este hondo y clarificador itinerario.

Chantal Maillard ha advertido en la poesía moderna dos tipos de poeta: los que tienden a construir y los propensos a revelar. El Manuel Iris de este *Devocionario*, y el de *Los disfraces del fuego*, pertenece a la segunda familia. Más que

colocar ladrillo sobre ladrillo, procurando una sonorosa babel de tráfico de registros, su poesía surge trasminada por el silencio y refrenada por la expectación, no acaudalada por el desahogo o los aspavientos de la catarsis. Este poeta no se adelanta: aguarda; y menos aún se desvive en locuciones no pedidas: comparte lo justo en sintonía con una poética que propone más al ocultar que al evidenciar, que expone al retener consigo la palabra. En síntesis, una reserva que supone un vacío parlante, un hueco significativo y significante que infunde a los poemas el cariz ilusorio de entes porosos. Poemas-esponja cuyas horadaciones definen su proclividad, absorbiendo los inaudibles clamores del agua y las sordas filtraciones de la humedad, para después devolver a la intemperie en la que anida el lector el flujo de indicios y noticias sobre el lado brumoso de una impalpable realidad. "Perdona los poemas / que pretendan revelarte", apunta Manuel Iris, que con la venia de un misterio superior renueva los votos de la misión de traducir los vacilantes enigmas que contrabandea diariamente de puntillas la poesía.

JORGE ORTEGA
22 de junio de 2020

La traducción se halla formal y pragmáticamente implícita en cada acto de comunicación (...) Entender es descifrar.

GEORGE STEINER

TRADUCERE

El presente libro debe ser leído mientras
se escucha el *Stabat Mater,* De Arvo Pärt

Insuficiente, la palabra manos
se acurruca en tus manos.

La palabra ojo
se extravía en tu luz.

La palabra espalda quiere ser pradera, cementerio, catarata.

Labio se abre hasta el abismo
y muslo quiere ser mordida
y brincar
desde los bordes de esta hoja
hasta la sal
y la palabra sal
quiere ser fuego, incinerarte
hasta la Noche-vientre
que no quiere ser palabra
que no es palabra alguna
que no cabe
en el silencio.

Porque nada me impide, por ejemplo, blasfemar
voy a invocarte entera:

Espalda del placer, tiende la mano
recuerdo del placer, abre tu casa
palabra del placer, calla tu nombre
amiga del placer, camina
hacia tu prometida nada,

tu olvido apetecible.

Tus ojos el navío, tus ojos la tormenta. Tus ojos el lugar en que se ocultan las serpientes. La oscuridad del mar, del mal, de la inocencia. Tus ojos las infancias, tus ojos el principio.

Tus ojos pronunciando la palabra espera.

La Noche-vientre se ha acercado a mi alcoba,
se ha descalzado.

A veces nos besamos
y debajo de su piel puedo sentir
su calavera.

(Amar es traducir)

En el fondo de sus ojos
hay un niño señalando un puente,
una canción descalza.

Porque Dios mismo se tradujo en ti
no le temo al olvido.

Eres verdad
como el misterio
y la llovizna,
como la piel del cuándo.

¿Por qué crearte
si no por placer?

Alarde de su amor
y de maestría
Dios te ha moldeado
exactamente
así

¿o ha tomado tu forma?

Dios es tu espalda
cuando te muerdo.

Eternidad, tu carne.

Traducción al polvo.

Poner la oreja en tu muñeca y escuchar un río. Yacer sobre tu pecho y oír tu corazón repitiendo *te amo, te amo*… y presentir el silencio. Poner la oreja en tu vientre y escuchar la maquinaria del mundo, la vida siendo hecha. Recostarme en tu espalda y escuchar el aire que alimenta el fuego, que sostiene pájaros.

Callar sobre tu sexo y escuchar la apertura entre el silencio y la piel,
la eternidad y la muerte.

LÍMITES

I

Pobre de mí, Amor
y pobre de mi amor
condenado a mi forma.

Pobre también de ti.

Distinto fue al principio:

¿Lo recuerdas?

Fuimos el agua y su temperatura
relámpago y estruendo
fuimos
lo fresco de la piedra bajo el agua,
la garganta y la sed.

Pero a veces
algo pasa
y en mis venas, que no son las ramas
brilla un fruto

y en mis venas, que no son las grietas
danzan vidrios

y en mis venas, que no son los ríos
te quitas los zapatos

y algo de ti se adentra al fondo del azúcar
para sacar racimos de plateados peces
y te amo, con mi cuerpo entero
y sus repeticiones.

II

Pobres los límites:

la sola boca
para intentar decirte,

mis pobres ojos
que tienen que bastar
para mirarte entera.

FORMAS DEL PLACER

A veces, lastimar.

A veces ser lastimado.

La sangre los colmillos
la inocencia el golpe
que se pide,
la azucarada humillación
y la ternura.

Imaginar un pájaro que muere a medio vuelo
y continúa, se transparenta y vuelve
a lo que fuimos antes de la traducción.

(Disfruta el mundo, compañera:

todo el placer
es anticipo de ese viaje.)

Tengo hambre en las manos.

Tengo las palmas
llenas de flores carnívoras
que avanzan hacia ti,
enjambre de cuestiones.

No quiero pronunciarte
sino tocar tus muslos: entender
la traducción que encarnas.

Pero tu cuerpo
sale de su piel
para ser tú en mis labios

porque algún día vas a desbordarte
para volver al todo,
sitio del que vienes,

Noche-vientre amada.

Te llamas médula, deseo,
sangre dulce.

Te llamas permanencia.

Y yo te observo
te persigo
te pronuncio
pero tú no me respondes, Noche-vientre

y el poema es un niño
señalando un puente,

una canción descalza.

NUPCIAS

Cuando la flama no
cuando la lumbre no
cuando el incendio nunca
y el último que nos olvide
haya sido olvidado
todavía será verdad
que sucedimos.

Frente a la nada a la que volveremos
doy testimonio del polvo.

¿Aceptas el olvido?

—Sí, acepto.

SILENTIUM

¿Quién
eres tú? ¿El
silencio
de quién eres
tú?

THOMAS MERTON

No en lo blanco de la hoja, sino detrás de la tinta
está el silencio.

En la otra cara de la piel está.

Es el envés del amor,
su reverso es la música.

Por dentro de los párpados
devela su escritura.

Detrás de la palabra,
en la palabra misma
puede revelarse.

¿Eres tú quien escribe, Noche-vientre
o me dirijo a ti?

¿Qué lado
del silencio habitas?

¿De quién es esta voz?

Silencio,

¿Por qué me obligas
al reverso de las cosas?

¿Por qué tu cuerpo se traduce
en epidermis en acorde en polvo
para que yo lo lea?

Sólo la muerte y el amor
son descubrirse.

Vivir es descifrar.

Calla.

Porque el silencio
es lo contrario de la muerte.

Calla.

Escucha bien
la letanía del polvo
la plegaria de la piedra
la manera
en que se corresponden.

Calla.

Escucha el alma
transparente
de las cosas.

CONFESIÓN

Desnudo frente al mar
escribo
hablo con rabia
me rebelo:

mi voz ya no eres tú
sino mi voluntad de ti.

Un verso es una enredadera
trepando en la música,
un cuerpo hambriento
de su propia muerte

(todo canto es caníbal).

Nuestra saliva
es tinta
de la espera.

DEVOCIONARIO
(RELIGARE)

Su origen no lo sé, pues no le tiene,
mas sé que todo origen de ella viene,
aunque es de noche.

SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cantar del alma*
que se huelga de conocer a dios por fe.

JACULATORIA

Déjame ser, poema,
el cristal de una lámpara,
el vaso de una vela.

Que tu luz me habite
y mi silencio, tuyo
la proteja.

LETANÍA

Por tu voluntad de ser percibido
y no mostrar tu rostro
alabado seas

por tu luz sin luz
y tu palabra sin lenguaje
revelado seas

por el milagro de la piel
deseando el infinito
imaginado seas

por la sabia juventud
la inocente vejez
la impredecible muerte
respetado seas

porque la miel te dice
y la sal no te desmiente
concebido seas

porque la música
es tu voz y tu silencio
recibido seas

porque tu ritmo
es ritmo de los cuerpos
presentido seas

porque te has repetido
porque nos das tu rastro
porque te manifiestas en todo lo que existe
laguna sorprendida, habitación del polvo,
alucinado pan que habló con los internos
de una celda olvidada
paloma de esperanza, razón de los incendios
tu propio testimonio
también
seas.

MISTERIO NUESTRO

Misterio nuestro,
hermano del silencio:
jamás revelado sea tu nombre.

Venga a nosotros tu dispersada calma.

Hágase música tu voluntad
en el alma y la piel.

Danos hambre de ti.

Perdona los poemas
que pretendan revelarte.

No nos dejes caer
en nuestras propias metáforas
y líbranos, Silencio
de cualquier certeza.

SALMO 25

Noche-vientre, en ti confío.

No dejes que me hunda en certidumbre.

No alejes las preguntas.

Que mi duda sea transparente
y llena de confianza.

Muéstrame tus caminos,
guíame por tus senderos,
encamíname en tu verdad
que es indecible
porque eres todo lo que ocultan las palabras
y el cuerpo de las cosas.

En ti confío.

Revélame el amor no articulado: su ágrafa ternura.

No recuerdes mi soberbia cuando dije
que poesía era el lenguaje
y no el silencio, no tu voz.

Perdona a los que saben
y no sueltes
la mano de los tristes.

Refúgiame en la duda: corazón del poema.

A quien te honra, Noche-vientre,
no revelas nada pero ayudas a morir.

Misterio es tu otro nombre.

Mírame, Misterio, y ten piedad.

Llename de espacio que me obligue a abandonarme, a buscar en ti.

Que del mundo me protejan lo que intuyo
y lo que jamás sabré.

Consérvame en tu olvido.

SALVE REGINA

Dios te salve, Poesía, señora de la entrega, lugar definitivo.

A ti llamamos los desterrados, hijos del mundo. A ti pedimos hacer nuestras preguntas.

Señora, traductora nuestra,
míranos y entréganos, en el destierro,
tu certeza indecible.

Deja que salgamos
por tu boca: *háblanos*
para que seamos en ti.

Para que seamos dignos
de escuchar tu melodía.

ACCIÓN DE GRACIAS

Desde el cuerpo y sus ganas
de otro cuerpo, desde el ansia
de entender el reverso de la carne
agradezco
lo invisible
todo lo que está detrás de las palabras
que no son sino las hojas del árbol del lenguaje
cuya raíz eres tú

agradezco
la certeza de la muerte
que no recibas nombre
que excedas las palabras
que tú escribas
y que habites
que imagines
el poema.

EQUILIBRIOS

Para el adiós se maduró la carne.
Para el olvido, el nombre.
Para la piel, lo dulce.
Para tu lumbre, estrellas.
Para decir tu rostro se desvistió la luz.
Para morir naciste: para salir de ti.
Para volvernos algo, para morder la nada
se reveló el poema.

Tengo un templo en el pecho.

Ha brotado de un modo natural: en mi pecho
hay un templo abandonado.

Las golondrinas entran en él como buscando casa
pero después emigran, y el silencio se va,
caminando como un niño.

A veces hay plegarias
en el templo de mi pecho.

A veces suenan campanas.

A veces sé que al templo
le he brotado yo.

CREDO

Somos palabras de una frase de tu boca, que no tiene labios.

Somos calor sobre la carne de tu cuerpo, que no tiene carne.

Somos el canto emanado de tu voz, que es el silencio.

INTERLUDIO

La hermosura está danzando
al borde de la muerte
y uno piensa en los muslos que ha besado.

Juventud: divino desperdicio. Nos llenas la memoria
del temblor sincero la prisa innecesaria
de la curiosidad de tanto cuerpo hermoso
desnudando a otro por primera vez,
del miedo de ser visto, precisamente, cuando se es más bello
de morder hasta el amor
y no palpar detalle,
de no tener conciencia del milagro
de que el cuerpo que se ama
y el que se desea
sean el mismo.

Florece la belleza en nuestras manos
y todo es tan verdad como la piel
y su avidez curiosa,

su luminosa ignorancia.

ACCIÓN DE GRACIAS

Porque alejas el dolor
y das forma a la memoria

por esconderme
del instante en el que supe

por ser el otro lado del perdón

el ángel de la guarda

las manos del silencio

por propiciar la calma

porque nadie sabrá
que nos hemos visto a los ojos

por conservar en ti cuanto devoras
te agradezco,

olvido.

PLEGARIA DEL QUE INTUYE

Silencio,
concédeme la paz en la ceguera.

Que mi ignorancia sea luminosa
y que acepte los objetos, esas traducciones,
como forma en que te entregas.

Que sepa bien que más allá del misterio
todo lo que es, eres tú.

Que la flor sea traducción de la belleza
y el deseo y la muerte
sean los puentes
de un lugar a otro
de un silencio a otro
de un espacio a otro
de una verdad, de la verdad
hacia sí misma.

Que no me desespere.

Que la palabra sea el anuncio de su fin, de un sitio sin lenguaje
y sea la forma de la lentitud.

Que viva yo como la planta
que no comprende el sol
ni el porqué de la lluvia
pero intuye, agradecida,

la dulzura del fruto
que jamás morderá.

Que mi silencio aquí
vislumbre otro, permanente.

Que sea el amor la prueba del amor
y sea verdad que existes.

Así sea.

ÍNDICE

5 Prólogo: *El oído y el son*, por Jorge Ortega

TRADUCERE

17 Insuficiente
18 Porque nada me impide
19 Tus ojos el navío
20 La Noche-Vientre
21 Porque Dios mismo
22 ¿o ha tomado tu forma?
23 Poner la oreja
24 Límites
26 Formas del placer
27 Tengo hambre en las manos
28 Te llamas médula
29 Nupcias

SILENTIUM

35 No es lo blanco de la hoja
36 ¿Eres tú quien escribe…
37 Silencio
38 Calla
39 Confesión

DEVOCIONARIO
(RELIGARE)

45 Jaculatoria
46 Letanía
48 Ministerio nuestro
49 Salmo 25
51 Salve Regina

52 Acción de gracias
53 Equilibrios
54 Tengo un templo
55 Credo
56 Interludio
57 Acción de gracias
58 Plegaria del que intuye

Manuel Iris

Mérida, México, 1983.

Poeta, ensayista y traductor. Es licenciado en Literatura Latinoamericana por la Universidad Autónoma de Yucatán, magíster en Literatura Hispanoamericana por la Universidad Estatal de Nuevo México y doctor en Lenguas Romances por la Universidad de Cincinnati. Forma parte del consejo editorial de la revista electrónica de poesía *Carruaje de pájaros*. Radicado en la ciudad de Cincinnati, Ohio, Estados Unidos, de la que fue nombrado Poeta Laureado en abril de 2018. Autor de *Cuaderno de los sueños*, *Los disfraces del fuego* y *Cincinnati, historia personal*. Recientemente fueron publicadas tres selecciones de su poesía: *La luz desnuda*, en Venezuela; *Frente al misterio,* en El Salvador, y *Traducir el silencio/Translating silence*, en Nueva York.

TÍTULOS PUBLICADOS

Poesía

COLECCIÓN *Voz Aislada*

El ciervo/Yolanda Pantin
Ojiva/Néstor Mendoza
Piedra a piedra/Hernán Vargascarreño
Manos/Edda Armas
Umbrales donde apenas llega la luz /Rafael-José Díaz
Alambique/María Teresa Ogliastri
Monólogo de Jonás/Rómulo Bustos Aguirre
Anábasis/Adalber Salas Hernández
Primero inventaré el bosque/Ela Cuavas
Ruido de clavículas/Jacqueline Goldberg
Mecánica/Víctor Manuel Pinto
Tema de miseria/Tibisay Vargas Rojas
Escozor/Bibiana Collado Cabrera
Casa giratoria/Henry Alexander Gómez
Desmesura/Víctor Rivera
Agonía de los días terrestres/Ricardo Montiel
Litorales/Jorge Iván Jaramillo Hincapié
Textos por fuera/Eleonora Requena
sed plural/William Jiménez
Miel negra/Franklin Hurtado
Habrá una casa/Igor Barreto
Geometría de la grieta/Jairo Rojas Rojas
El único refugio son los párpados/Marta Jazmín García
El tiempo de la espera/ Joel Bracho Ghersi
Visión de carne/ Carlos A. Colón Ruiz
La dicha de lo inacabado/Carlos Vicéns

Chantal Maillard ha advertido en la poesía moderna dos tipos de poeta: los que tienden a construir y los propensos a revelar. El Manuel Iris de este *Devocionario*, y el de *Los disfraces del fuego*, pertenece a la segunda familia. Más que colocar ladrillo sobre ladrillo, procurando una sonorosa babel de tráfico de registros, su poesía surge trasminada por el silencio y refrenada por la expectación, no acaudalada por el desahogo o los aspavientos de la catarsis. Este poeta no se adelanta: aguarda; y menos aún se desvive en locuciones no pedidas: comparte lo justo en sintonía con una poética que propone más al ocultar que al evidenciar, que expone al retener consigo la palabra.

JORGE ORTEGA

COLECCIÓN *Voz Aislada*